

EPITAFIO A UN POETA

En esta piedra yace un mal cristiano:
Sin duda fué escribano.
No, que fué desdichado en gran manera:
Algún hidalgo era.
No, que tuvo riquezas, y algún brío:
Sin duda fué judío.
No, porque fué ladrón y lujurioso:
Ser genovés ó viudo era forzoso.
No, que fué menos cuerdo y más parlero:
Ese que dices era caballero.
No fué sino poeta el que preguntas
Y en él se hallaron estas partes juntas.

No hay viuda que yo no busque
Por más que en focas se envuelva,
Que bustos tintos me agradan
Entre aquellas faldas negras.
Andome tras las casadas,
Para ver cómo se engendra,
En ausencia de un marido,
El cristal de las linternas.
Doncellas no sé qué son,
Porque me contó una vieja
Que ya son sólo en los cuentos
Fruta de érate que se era.

QUEVEDO.

LA PALIDA....

(FANTASIA)

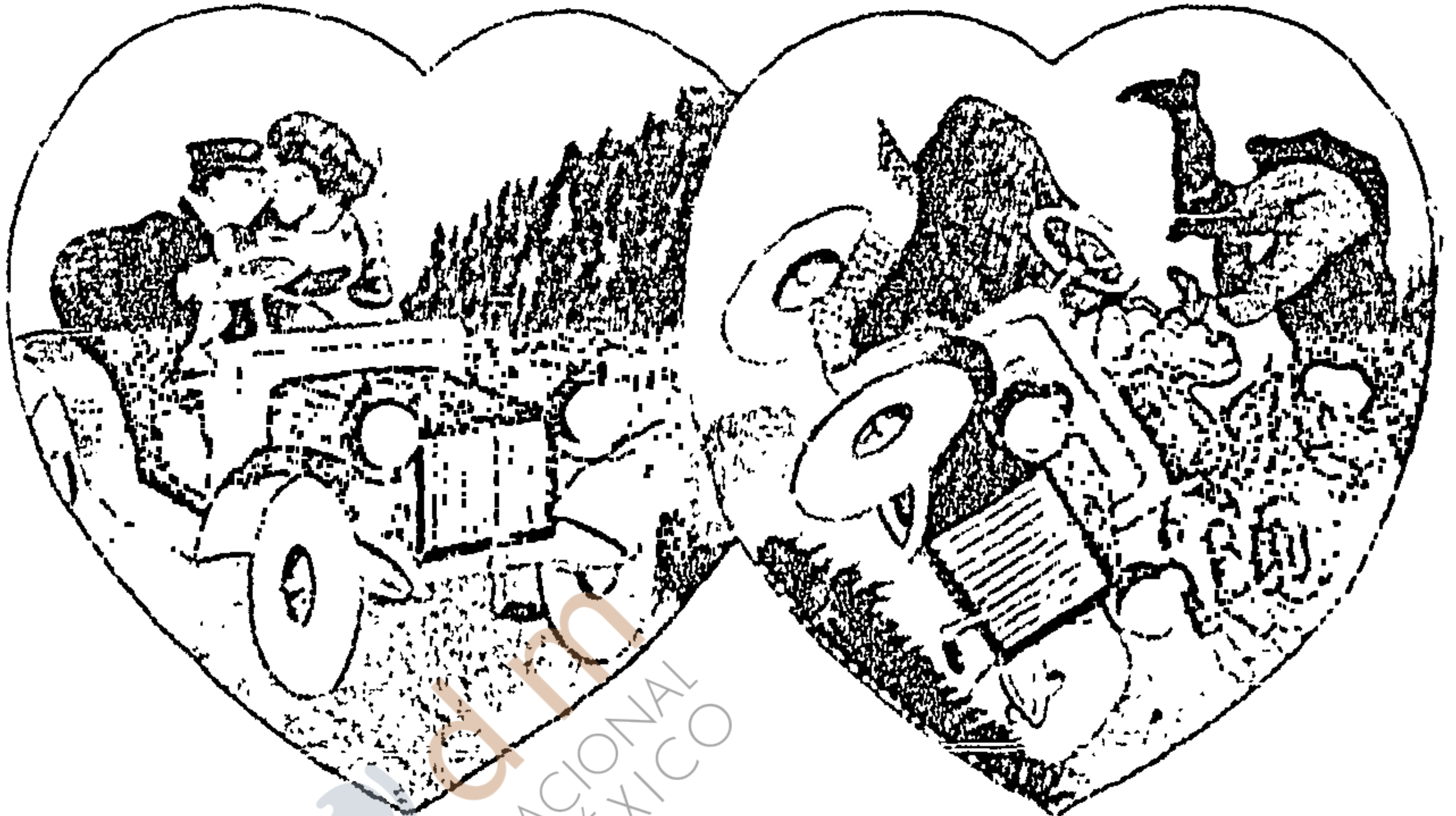
I

Un capricho de la estética quiso
mir, en mi linda Pálida, el con-
te de las fogosidades de la mu-
italiana que nace á los besos
fluentes del sol del Mediterráneo;
poética languidez de las hijas
Albión, immortalizadas por las
oñas del inolvidable Walter
tt
orque mi Pálida nació en Milán,
tierra de la música dulce y
egla de Bellini, y tiene, sin em-
go, en lugar de crenchas de éba-
un trigal por cabellera, un
je de ámbar.
su boca, diminuta y fresca, es
o el botón del clavel que canta
brigales de amor á las flores de
radera y sus ojos tienen un mi-
profundo y misterioso.
a palidez que cubre su lindo
ro es así como un tinte suavi-
o, como una niebla de poesía,
lejos de comunicarla un alre-
risteza, la da, al contrario, un
lz que enaltece más el conjunto
us gracias.
l rubia, ardiente y soñadora,
álida, es poética, es misteriosa,
interesante.....

II

¿Dónde conocí á mi Pálida? Fué
ma «solrée», en un «five o'clock»
allá hace años.....
desde que la vi me prendió, des-
que la vi comunicó á mi alma el
table calor, el tenue soplo de su
me.
o me acuerdo que bailé con ella
de esas danzas lánguidas y
olonadas, lentas y voluptuosas
que parece que cantan las almas
Beethoven y de Wagner, en que
se escucharse el manso rumor
as corrientes del Rhin.....
o quedé impregnado de los per-
es de la Pálida, en aquella
za voluptuosa y lánguida, dulce
efable. Me pareció bailar estre-
do el talle de una de aquellas
nas que tienen aprisionado, ha-
da mil años, al rey Haraldo de
fagar en el fondo de las aguas,
el Palacio de Cristal, de donde
o dejan salir las nebulas, don-
tienen encantado con sus ho-
os y con sus infinitas gracias.
o también me parezco al rey
aldo de Harfagar, porque la
la aprisionó mi corazón con sus
las y con sus misterios....

CUPIDO Y LA GASOLINA



Van en automóvil
Juanito y María;
la excursión es grata,
llena de alegría.

Sin que los detengan
sustos ni tropiezos,
se cambian amantes
ternuras y besos.

La feliz pareja
dichosa camina,
porque el automóvil
lleva «Nastolina».

Pero, al día siguiente,
va el auto muy mal,
y, al querer besarse,
la suerte es fatal.

Choca el automóvil,
y ellos, infelices!
salen disparados
y caen de narices.

La culpa de todo
ya bien se adivina:
ese día llevaban
«la otra» gasolina!

III

¿Te acuerdas, oh, Pálida? Una vez
damos un paseo en carruaje por el
secular bosque de Chapultepec, ba-
jo las sombras de aquellos viejos
ahuehuetes que escucharon, hace
trescientos años, las querellas de
amor y los madrigales de Netza-
hualcoyotl.....

Tú también escuchaste los ma-
drigales de mi cariño, que brotaron
de mis labios con la dulzura del
néctar de Palerno..... tú también
me enamoraste con tu místico acen-
to y con el cantar misterioso de tu
pensamiento.....

IV

Cuando la luna riela en el fondo
del espléndido cielo enajado de pe-
drerías alderales, cuando esa dama
silenciosa nos enseña su rostro de
luz diáfana, pienso en ti, mi Pál-
da, porque me parece que te iden-
tificas con la luna y que se te anto-

ja subir á pasearte por el cielo, so-
guida de un cortejo de estrellas.

También sueño contigo y me li-
guro que eres la encantadora Lore-
ray, que entre las armonías de un
cantar divino, peina su cabellera
de oro mate en medio del silencio
nocturno y á la luz de la misma
luna á quien te pareces.

Tiempo ha, Pálida, que no con-
templa tu rostro misterioso, bello
y cautivante; pero sé que no estás
lejos de mí.....

Quiero volver á sentir la influen-
cia de tus lindos hechizos... quiero
que el cleaje de tu cabellera de oro,
y que el perfume de tu rostro, me
embriague, y me encante, y me sub-
yugue, y me aprisione en el fondo
del mar de mi cariño; como está
subyugado, y encantado, y embria-
gado, hace más de mil años, el di-
choso rey Haraldo de Harfagar.

JACOBO G. PRANTL.

